



COMEDIA NUEVA.

EL AMOR CONSTANTE,

Ó LA HOLANDESA.

SU AUTOR

D. GASPAR ZAVALA Y ZAMORA.

ACTORES:

Leopoldo el Grande, Emperador de Viena.
Alemania, con nombre de Derson, y Eleonora, segunda muger del Conde
uniforme de Oficial Aleman. Erbrik, con el nombre de Adelina.
Ulrico, Secretario de Leopoldo, y Vesmer, Confidente del Baron
amante de:- Vincárt, Privado del Emperador, en
Eduarda, hija de:- trage de Oficial Aleman.
El Conde Erbrik, baxo el nombre de Un criado de la Quinta.
Fabricio, y exercicio de Mayoral de:- Soldados y Vandidos, que no hablan.
El Baron de Croix, Gobernador de

La Escena en una Quinta del Baron, cerca de Viena.

ACTO PRIMERO.

La Escena se abre al amanecer con luz escasa, y el canto de algunos pájaros. Al frente ácia la izquierda un bosque muy espeso, y ácia la derecha la subida de un montecillo de poca altura, y en ella la boca de una gruta. Á la embocadura de la izquierda la puerta rústica de una Quinta, con un banco de piedra junto á ella. Sale Vesmer sobresaltado, recorriendo el Teatro con los primeros versos, dichos los cuales, hará una seña, y saldrán quatro Vandidos con mascarillas, y Vesmer se la pone tambien.

Vesm. Oh Dios, qué amargura! Nadie en todo el bosque se mira como es tan temprano: pobres jóvenes: vuestra desdicha me llena de angustias. Ah! mi amo es un tigre: sus iras me hacen temblar. Cé; seguidme;

Salen.

ya en esa selva vecina habrán entrado. Venid,

y exécutad la orden mia sin dilacion. Ay Ulrico! ay infeliz Adelina!

Vanse.

Vanse los quatro por lo interior del bosque. Abren la puerta de la Quinta, y sale por ella Fabricio de aldeano viejo, con un cantarillo en la mano.

Fab. Oh qué amable aparece á todos la luz del dia!

A

Ape-

Apenas hay en la tierra
 quien no goce nueva vida,
 luego que el Alba derrama
 su rocío. Las campifias
 se reverdecen; las flores,
 del capullo en que marchitas
 estaban, salen lozanas
 á gozar sus dulces risas.
 Los corderillos celebran
 con retozos su venida;
 y hasta el pequeño insectillo
 sale entre las yerbecillas
 á buscar la luz. Apenas
 sus destellos se divisan,
 se levanta el jornalero,
 y hecha su sarten de migas,
 almuerza, y á su tarea,
 alborozado camina.
 La sencilla labandera
 con cuánto jubilo mira
 el alba hermosa! y apenas
 la puerca legaña quita
 de sus ojos, bostezando,
 saca de la cesta limpia
 el pan y la dulce fruta,
 y comiendo, se encamina
 á su trabajo. Oh buen Dios!
 la imagen mas propia y viva
 de vuestra gloria es sin duda
 la luz que nos ilumina.
 Qué fresca está la mañana!
 vóyme ácia esa fuentecilla
 que hay en el monte, á llenar
 de sus aguas cristalinas
 este cantarillo. Al fin,
 ahorraré á mi pobre hija
 el trabajo de ir por ella,
 ya que está tan abatida
 por mi causa. Ah vil esposa!
 Ah Eleonora infiel! Qué dias
 tan amargos y funestos
 paso por tí! Tu perfidia,
 y la de Virsof!:- Memoria,
 para qué las ansias mías
 renuevas con tan atroces
 recuerdos, si ya mis iras
 castigaron su delito?
 Mas no; bien haces; fatiga

sin cesar mi corazón, *Llora.*

con las imágenes vivas
 de mi afrenta, hasta que logren
 acabar mi triste vida. *Vase.*

Salen por la izquierda dos Vandidos como antes, conduciendo desmayada á Eleonora con traje holandés de luto, y el Barón de Crisix con capa, reconociendo la Escena.

Bar. Nadie hay; llegado, y supuesto que á un accidente rendida está, sobre aque-se tronco la dexad. Hoy, Adelina, verás el funesto fruto de tu condicion altiva.

Sale Vesmer llorando, y los otros dos Vandidos por el centro del bosque.

Vesm. Dios en su feliz morada *Ap.*

Ulrico, tu alma reciba,
 y me perdone el haber
 cometido esta perfidia.
 Ya quedas obedecido.

Bar. Pues tomad; de paga os sirva aqueste bolsillo, y nadie, *Da un bolsillo á los quatro que parten.* si es que estimare su vida, descubra aqueste secreto.

Vesm. Qué crueldad! *Aparte.*

Bar. Así castiga mi poder, á quien le niega los gustos que solicita. Vesmer, ven, ayúdame; llevemos con toda prisa esta muger, al sepulcro que mis rigores destinan á su ingratitude. Con ella, sepultada es bien que viva mi crueldad.

Vesm. Pues, Señor, qué maquináis?

Bar. La accion misma te lo dirá; sígueme.

Cogen los dos á Eleonora, y la suben á la gruta.

Vesm. Quanto escucho me horroriza.

Bar. Déxala ya; y estas peñas de robusta puerta siryan á su eterna carcel.

La entran en la gruta, y cubren su puerta con algunas peñas, y vuelven á baxar.

Vesm. Cielos, no dexé vuestra justicia tal crimen, sin pena.

Bar. Dime, murió el infiel que origina mis locos zelos?

Vesm. Señor, en su postrera agonía, por la falta de la sangre, queda, amarrado á una encina en ese bosque.

Bar. Logré con sus dos infames vidas mi venganza: ya sin sustos, *Vesmer*, mi pecho respira.

Vesm. Y no sabré yo la causa que á tal extremo os obliga?

Bar. No sabes que á esa Holandesa fiera, quanto peregrina, amaba?

Vesm. Sí, Señor.

Bar. Sabes cuán ingrata á mis caricias se mostró siempre?

Vesm. Era honesta.

Bar. Sabe ahora pues, que su misma resistencia me conduxo á la acción mas atrevida, y abominable. Gané con dádivas exquisitas á una criada, y oculto en el quarto de Adelina una noche, pretendí robar su honor.

Vesm. Qué perfidia! *Aparte.*

Bar. Pero su entereza al fin, y la gente que acudia á sus voces, malograron la ocasion que apetecía. Supe despues, que esa infiel despreciaba mis caricias por el ilícito trato que con Ulrico tenia; y recelando yo que él manifestase algun dia

al Emperador, mi culpa, determinaron mis iras estorbarlo con la muerte de los dos. Tuve noticias seguras, que esta mañana el infame la traía

á ver los muchos primores que se hallan en esa Quinta del Emperador, y al fin, impelido de mis iras, vine á vengar sus desdenes, quanto á asegurar mi vida. Y pues ya el deseo, todo lo consiguió á su medida, salga de mi corazon hasta la memoria misma de ese monstruo, y solamente reyne en él la peregrina hermosura de Eduarda, que aunque rústica y sencilla, sabrá hacer mayor aprecio de mis caricias continuas.

Vesm. Ah monstruo! Y qué, vos, Señor, casaros con Adelina pensabais?

Bar. No.

Vesm. Luego solo deshonrarla pretendiais?

Bar. No mas.

Vesm. Oh buen Dios! Y acaso rigor tal mereceria su honestidad? Perdonadme: yo juzgo á Adelina digna de mejor suerte. Su noble resistencia á las porfias de vuestro amor, no es ofensa que así induciros debía á tal impiedad. Vos sois cruel, y:-

Bar. Basta; en tu vida me afees acción, si quieres estar en la gracia mia.

Vesm. Oh! qué odiosa es la verdad *Ap.* al malvado!

Bar. Qué decias?

Vesm. Piedades, disimulemos. *Ap.* Que aunque veo que os obliga á esta acción vuestro interes,

con todo, es tan inaudita la crueldad:- No pudierais darla muerte mas activa que ésta? Creedme, Señor: me entenece, y horroriza el considerar las penas, las acerbas agonías, que Adelina ha de sufrir, si es que vuelve en sí, y registra el seno horrible en que se halla. Ella morirá este dia desesperada, pidiendo la mas severa justicia contra vos, al cielo. Acaso, Señor, hoy admitiria vuestro amor, pues faltó Ulrico.

Bar. Fuera tarde ya. Oiría mi corazon con horror sus carifios. Ya abomina lo que amaba ayer, y en fin, fuerza es, para que yo viva sin sustos, que ella perezca.

Vesm. Qué impiedad! Bien es que finja, por no hacerme sospechoso. *Ap.* Muera, pues, con una activa ponzoña, ó al golpe fiero de un puñal: rinda su vida prontamente, y no padezca una muerte tan continua: débaos aquesta piedad su hermosura.

Bar. La osadía con que desprecio mis ruegos, y ofertas, la hacen indigna de mi compasion. Con todo, porque veas que no dista la humanidad de mi pecho, á pesar de quanto miras, yo lo concedo.

Vesm. Así pienso *Aparte.* asegurar hoy su vida. Ahora sí que procedisteis humano. Mi mano misma pasará con este acero

Saca un puñal.
su pecho, veces distintas, porque antes muera.

Quiere dirigirse á la gruta.

Bar. Detente; que no han de sufrir mis iras que otro sea quien las vengue; dame ese acero, y camina.

Vesm. Ved; Señor:-

Bar. No me detengas.

Vesm. Yo apresuré de su vida *Ap.* el término.

Bar. Sigüeme; pero tente, que en la Quinta se oye gente, y no conviene que nos vean.

Vesm. Harta dicha *Aparte.* fué, que este acaso viniera á diferir su ruina.

Bar. Ven, porque ver á Eduarda mi corazon determina mas tarde: ella ocupe el sitio que aquesta Holandesa esquiva perdió; pero tiemble Eduarda el mismo fin, si no cuida de rendirse á mi deseo, á mi amor, y á mis caricias.

Vesm. Ah monstruo! Qué ciegameamente á tu perdicion caminas!

Bar. Qué esperas? *Vase.*

Vesm. Ya voy: buen Dios, tú un medio cierto me inspira, para sacar del peligro á la infeliz Adelina, y hacer que hallen el castigo, de este monstruo las perfidias. *Vas.*
Abren segunda vez la puerta de la Quinta, y sale Eduarda en traje humilde de Aldeana.

Eduard. Tampoco esta aquí. Sin duda se fué á esa fuente vecina por agua. Sí: oh qué buen padre me dió el Cielo! Qué se mira en los ojos de Eduarda! Qué voluntad tan sencilla, y tierna me muestra! Ah! si me amáran con la misma los hombres, ¡quán sin peligro mi corazon amaria tambien! Todas quantas veces aquí empleada me mira en servir á los criados

de labor, que en esta Quinta tiene el Baron, hilo á hilo cae el llanto á sus mejillas: ayer, no pudiendo ya encubrir su mal, decia: Ay, Eduarda, que poco esperaban mis desdichas verte en tan triste y humilde situacion! Estas fatigas no son á tu nacimiento, conformes. Por causa mia padeces tú. Y con el llanto mas amargo, de mi vista se apartó, dexándome confusa y sobrecogida.

Desde mi mas tierna edad, me veo en aquesta Quinta sirviendo al Baron de Croix su dueño; siempre unas mismas conveniencias he tenido; Con que no sé, por qué diga mi Padre, que no es conforme la ocupacion de su hija á su nacimiento. Pero él viene aquí, Voy aprisa

Corre precipitadamente á encontrar á Fabricio que sale por la derecha.

Padre mio. *toma el cantarillo.*

Fab. Hija querida, por qué tan temprano dexas el lecho?

Eduard. Porque me insta mi obligacion, y es la hora en que menos las fatigas se sienten; luego el calor Padre mio, me atosiga tanto, que::-

Fab. Amada Eduarda lo creo; todo es desidia y floxedad, en las horas del calor. Vaya, hija mia, ahí te traigo el cantarillo lleno de agua. A la cocina le lleva tu, que á mí ya me pesan los años, hija.

Eduard. Sí, Señor. Harto lo lloro.

centaos aquí por mi vida, le ayuda á sentar en el banco, y le limpia el sudor.

y con este suave lienzo os limpiarán mis caricias el sudor del rostro.

Vase, llevando el Cantarillo.

Fab. Oh, Dios cuánto mis penas alivia el ver su virtud! Apenas hallo en mi Eduarda querida cosa reprehensible. Siempre obediente á la voz mia la veo, siempre gustosa con su suerte, se lastima solo de la de su padre; Me ama tierna, y sus sencillas caricias, llenan mi alma de la mayor alegria; en fin, es de mi primera esposa, una copia viva.

Vuelve á salir Eduarda, conduciendo en un canastillo un plato con alguna vianda, una servilleta, pan, una botella y vaso.

Eduard. Padre mio, en esa peña podreis gozar las delicias del campo, y desayunaros. Aquí os traigo de la misma perdiz que anoche cenasteis, un trozo.

Fab. Eduarda mia, te lo estimo, porque estaba bien sazónada, y muy rica.

Eduard. Pan, y vino; y si quereis alguna fruta::- *come Fabricio.*

Fab. No hija; para que mi edad cansada algun trabajo resista, esto basta.

Dent. Ulr. Favor, Cielos!

Fab. Quién en estas cercanías se lamenta así? *sobresaltado.*

Eduard. Yo creo, que el bosque la voz envia.

Dent. Ulr. No hay quien me socorra?

Fab. Espera, que en el bosque es por mi vida,

Hija, á socorrerle vamos.
la da el plato, y la servilleta, y se levanta.

Eduar. Padre, ved que en él habitan algunos facinerosos, y nuestras vidas peligran, si nos hallan.

Fab. Cómo puedo negar lo que solicita ese infeliz? No, yo voy; Mas por si se necesita, me llevaré la escopeta.

Entra por la puerta saca una escopeta, y la registra.

tú quédate aquí, hija mia, mientras yo recorro el bosque, y veo quien origina nuestra confusion. *Vase.*

Se entra por lo interior del bosque, y Eduarda dice agitada.

Eduard. Ay triste!

Quien será el que se lastima de ese modo? Yo no puedo aplacarme un punto, á vista de este acaso! Si mi padre peligrará? Si serian aquellas voces, cautela con que algun traidor maquina atraer los pasajeros para robarles? Me agitan estos discursos. Mi Padre ya se ha perdido de vista en el bosque. Qué será? Yo voy tras él; si peligra, gritaré; ya que no pueda darle favor.

Fab. Hija, aprisa ven, no tardes.

Eduard. Oh, Dios! Padre!
Con este medio verso que dice sobresaltada, corre precipitadamente ácia el bosque, á tiempo que de sus entrañas va saliendo Fabricio, que conducirá á Ulrico entre sus brazos como muerto, sin sombrero, ni espada, el rostro, y el vestido ensangrentado, Eduarda le ayuda, y entre los dos le conducen á la Scena.

Fab. Qué Scena tan compasiva!
Hija, ayudame; llevemos entre los dos á la Quinta este bello joven.

Eduard. Padre, su aspecto me atemoriza. Qué crueldad! Todo el rostro trae ensangrentado.

Fab. Hija, sin duda algunos traidores, con crueldad nunca vista, le asesinaron.

Eduar. Y qué, el Cielo no los castiga?

Fab. Si lo hará, que no hay un crimen exento de su justicia.

Eduar. Sentémosle aquí, y veamos si ha inuerto ya.

Fab. Qué desdicha! sentémosle. Mas qué noto? *le sientan y Fabricio le pulsa* Pulsos tiene: Oh qué alegría! tenle tú, Eduarda, y yo traeré en una basija un poco de agua. De gozo no estoy en mí. *Se entra.*

Eduard. Enternecida me tiene su suerte. Un Joven tan gallardo merecia esta impiedad? Den los Cielos la pena mas grave, y digna á esta culpa atroz.

Eduarda le quita la sangre del rostro con un lienzo, y sale Fabricio observándola, trayendo un vaso con agua y unos paños.

Fab. Aquí hay agua. Me regocija el ver, Eduarda, cómo la humanidad exercitas. Vaya, rociale el rostro con ella, mientras yo aprisa, con estos paños, atajo la sangre de sus heridas. *hacen lo que han dicho los versos.*

Ulri. Ay de mí!

Fab. Buen Dios! en sí va volviendo. Ya suspira:

Ya abre los ojos; Eduarda, qué júbilo!

Ulrico va volviendo en sí, y después de hacer lo que han dicho los versos mira con suspensión á Fabricio y Eduarda: registra con admiración toda la Scena, y al reconocer su vestido ensangrentado, da otro suspiro, clavando los ojos en el Cielo, y dice con voz desmayada y moribunda.

Ulr. Sea bendita

la piedad del Cielo. Amigo, sois vos, quien en la agonía de mi muerte, aquí me traxo?

Fab. Sí, Señor: entre mi hija y yo os sacamos del bosque, donde amarrado á una encina estabais, y en nuestros brazos os tragimos á esta Quinta sin sentido, y temerosos de que estuvierais sin vida. Hicimos quanto en los casos como éste, á qualquiera, dicta la humanidad, y ya os vemos respirar.

Ulr. Sí; y la infinita bondad de Dios, por mí os pague una accion tan compasiva.

Eduard. Sí hará; cuidad vos ahora de aliviar vuestras fatigas solamente. En esta casa hallareis una sencilla voluntad, todo aquel tiempo que de nuestra compañía goceis: Mi buen padre y yo os cuidaremos.

Fab. Sí, hija, y hallará en su obsequio, quanto nuestra pobreza permita.

Ulr. Lo creo, sí. Qué virtud tan amable! Estas heridas penetrantes me conducen al Sepulcro.

Fab. No os aflija esta idea, que aunque no hay en aquestas cercanias Médico, ni Cirujano, un pasajero, hace dias

que se hospedó aquí una noche, y en recompensa debida á mi agasajo, me dió un bálsamo de exquisita virtud, para heridas frescas; y así apliquemosle aprisa á las vuestras, y esperemos su efecto con alegría.

Ulr. O qué piedad! Por qué Cielos *Ap.* si son de una fuente misma las almas, han de tener propensiones tan distintas unas de otras? No tuvieron un Autor, si bien se mira estas, y la del Varon? Pues en qué, dudas, estriava, que sean estas piadosas, y la suya tan iniqua?

Fab. Qué pensais?

Ulr. Nada, Señor; Ah traidor! Ay, Adelina *Ap.* infeliz! víctima fuiste del poder, y la perfidia.

Fab. Hija, ayúdame á llevarle, *le* pues tanto lo necesita (*levantan* su flaqueza; y entretanto que vuestra salud perdida cobrais, pidamos al Cielo.

Los 2. Que alivie vuestras desdichas. *Parten, llevando entre los dos á Ulrico: cierran la puerta de la Quinta. Salen por la izquierda Leopoldo con uniforme de Coronel Aleman, y Vincart con el de Subaherno, con escopetas.*

Leop. Vincart, soy de este dictamen; el Rey, quando no exâmina por sí, estas cosas, se expone á errarlas todas. Ya miras quan basto es mi Reyno, y cuántos se encuentran por orden mia gobernándole; entre todos no habrá alguno, que por miras particulares olvide su obligacion? Fuera dicha que uno hubiera solamente, Vincart. Pues di, qué afligidas no estarán aquellas gentes que baxo las leyes vivan

de este Juez perverso? Quántas extorsiones, su desidia, ó impiedad les causará!

Ah, qué dolor! Infinitas. Y quién, si el Rey no las oye, hará á sus quejas justicia?

ninguno, porque es muy rara la queja, que en la excesiva distancia de su pobreza,

á la Magestad invicta, no se extravía, ó se pierde; y aunque sea muy benigna

la idea del Rey, dirán que es sola su tiranía, causa de aquellos absurdos.

Pues con qué amor y caricia le han de mirar sus vasallos?

Ah! No Vincart; no permita el Cielo, que mis queridos Imperiales, miéntras viva, aborrezcan á Leopoldo.

El premio de las fatigas que paso por remediar sus trabajos y desdichas,

es el mayor. Quántas veces en la cabaña sencilla

entré como pasajero, y á mis ojos bendecian mi piedad? Con qué ternura

les oía yo! No estima mi corazon el Imperio tanto, como estas sencillas alabanzas. Mis vasallos

me quieren bien, y me obligan á procurar mas, y mas su paz y alivio.

Vinc. Me admira tanta virtud, en edad tan temprana. *Ap.*

Leop. Esta es la Quinta del Baron de Croix; en ella: pero no; mejor te digan estas cartas mis intentos.

Saca unas cartas.

Lee. Espero que acredite V. M. la amistad que me profesa, haciendo buscar en sus Reynos al Conde de Erbrik mi vasallo, pues se sabe que

vive en ellos oculto, desde que falta de mi servicio. Es mi intento reconciliarle con su Esposa, á quien sin culpa ha abandonado, y evitar así, que viva la opinion de entrambos marchita, por una fuga tan inesperada.

Jacobo segundo firma, como Rey de Inglaterra, desde Holanda.

Lee otro pliego. Eleonora, Duquesa de Toninga, Condesa de Ebrik, suplica á V. M. se digne proteger con su autoridad esta causa.

Aqui ella misma refiere la injusta causa, con que quiso el Conde, un dia darla muerte; que de Holanda huyó, y que tiene noticias seguras, que en Alemania vive oculto. Me suplica lo que Jacobo, y es justo que en quanto pueda, la sirva.

Los efectos que hasta ahora han surtido de mis vivas diligencias, son aquestos.

Lee otro pliego. En consecuencia de la comision secreta que V. M. se ha dignado poner á mi cargo, he practicado las mas eficaces y prontas diligencias, ofreciendo premios á los Jueces Ordinarios de los Estados Imperiales, si su zelo descubria el paradero del Conde Erbrik. Hasta ahora la noticia que tengo mas favorable á los piadosos deseos de V. M. es, que en la Quinta que tiene el Baron de Croix, á seis millas de Viena, en el bosque de su nombre, se halla mayoral de sus ganados, un anciano de setenta, á setenta y quatro años de edad, con todas las señas que V. M. me inserta en su última Orden. Hay quien dice que es Holandés, y que hace diez y nueve años que falta de su Corte. Lo comunico, &c.

Ya al menos esta noticia, me da algun indicio, y puedo entrando luego en la Quinta

con este disfraz y el solo pretexto de la fatiga de la caza, exáminar, con una traza exquisita al Mayoral.

Vinc. Y si acaso es en ella conocida, vuestra persona?

Leop. No importa: con este disfraz que miras, será facil que presuman que soy (cómo cada dia sucede) muy parecido al Emperador. No fia mi zelo, de otro, una empresa de tanto interes. Estriba en su acierto, la union justa de dos almas sumergidas tantos años, en un mar de amarguras y desdichas.

Vinc. Teneis razon. Yo me acuerdo de haber oido infinitas veces, la temeridad del Conde Erbrik. Sus mentidas sospechas injustamente causaron tanta ruina á su fiel esposa. He oido que su virtud la hizo digna de la compasion de todos, y que corrió peregrina, la Europa en su busca.

Leop. Ah, qué accion tan noble! Ella misma publica bien su inocencia; pues si viéndose ofendida del Conde, le ama, y le busca, ¿quién duda que le amaria mas, antes que le ofendiera? Ya con mas fuerza me insta mi piedad á procurar todo su bien. Ve, y avisa á mi gente que se vuelva; pues ya que tan poco dista de aquí Viena, podemos tomar postas.

Vinc. No replica mi humildad.

Leop. En este monte

me hallarás; que pues me brinda el fresco de la mañana, por aliviar las fatigas del gobierno, quiero un rato pasar cazando.

Vinc. Tu vida guarde el Cielo. Admire el mundo juventud tan peregrina. *Vase.*

Vincant parte por la derecha, y el Emperador por el centro del bosque. Cae un telon que represente un zaguan de casa de campo, con algunos haces de leña é instrumentos de labranza figurados. Á la punta del tablado ácia la izquierda habrá una trampa de un sótano, que se abrirá á su tiempo. Eduarda sacará una silla, y Ulrico saldrá apoyado en Fabricio, que le sentará en ella.

Fab. Qué en fin vos sentís mejor con la simple medicina del bálsamo, que os he puesto?

Ulr. Sí, Señor: se me mitigan por instantes los dolores vehementes que padecia, pero me siento muy débil.

Fab. Descansad: en esta Quinta recuperareis en breve todas las fuerzas perdidas, si hacéis quanto yo os dixere.

Ulr. Y es?

Fab. Olvidar unos dias vuestras penas, y entregaros al júbilo que aquí habita.

Ulr. Ah! que son para olvidadas, Señor, muchas mis desdichas.

Fab. No lo creáis; todas ellas son unas bastardas hijas de nuestra aprension, de modo que solo, si bien se mira, por desdicha reputamos todo aquello que origina al alma algun sentimiento; luego vendria á ser dicha la desdicha, si supiéramos sacar de ella la alegría, y no el pesar. Vedlo claro: de todas las yerbecillas

amargas no hace la abeja
el mas delicado almibar?
Del cáustico mas atroz
no saca la Cirugía
el lenitivo; y en fin,
la admirable medicina,
de los venenos activos
no compone la mas fina
triaca? Pues por qué el hombre
no podrá, si bien se mira,
con mayor razon, sacar
las dichas, de las desdichas?

Ulr. Porque aunque la razon sabe
la senda mas recta y fixa,
para llegar de una á otra,
el corazón la extravía
muchas veces, mas contento
con el mal, que con la dicha;
y en fin, honrado Fabricio,
siento que vuestras sencillas
ofertas se empleen hoy
en quien no puede admitirlas.
Yo he de partir á la Corte
hoy mismo.

Eduard. Qué oigo, ansias mías! *Ap.*
si se va, se acaba en mí
el placer, con que le miran
mis ojos.

Fab. Hoy á la Corte,
quando apenas en la silla
os podéis tener sentado?

Eduard. No, Señor; muy mal haria
mi buen padre en permitir
tal arrojó. Las heridas
son penetrantes, y estais
muy debil aún.

Ulr. Sí; pero
mi honor y mi riesgo me instan
á partir. Sinceramente
confieso, que en compañía
de los dos, sería Ulrico
muy feliz; pero las dichas
van huyendo comunmente
del que estimarlas sabria,
y buscan á quien apenas
sabe lo que goza. Admita

*Ahora saldrá un criado de la Quinta
con una talega de trigo acuestas, y*

*Fabricio le ayuda á bajarla por la bo-
ca del sótano, cuya puerta abre.*
vuestra bondad:-- (qué hermosa es!)
Eduarda, mi sencilla
voluntad, y una palabra.

Eduard. Qué?

Ulr. Que volveré á esta Quinta
muy presto.

Eduard. Ah Señor! si os vais
no volvereis en la vida
á acordaros de nosotros.

Ulr. Por qué?

Eduard. Porque las heridas
se os curarán, y curadas,
olvidareis con mas prisa
á quien debisteis la cura,
que á quien causó vuestra ruina.

Ulr. Y lo sentiriais?

Eduard. Ah

Señor! Sí lo sentiria?

Ulr. Pues qué me amais?

Eduard. Sí, sí, os amo:--

Qué es lo que digo, desdichas? *Ap.*
Yo estoy loca.

Ulr. Oh qué ventura!

Y me amais mucho?

Eduard. Reprima *Ap.*

mi amor lo que siente, puesto
que en los principios se mira.

Os amo, con el extremo
que las almas compasivas
aman á los desgraciados.

Ulr. Se engañó mi fantasía. *Ap.*

No mas, Eduarda?

Eduard. Qué, es poco?

Ulr. Sí, porque si bien se mira,
dexareis de amarme, luego
que se acáben las desdichas.

Eduard. Claro está

Ulr. Pues quiera el Cielo
que no tengan fin las mias.

Eduard. Por qué?

Ulr. Porque no le tenga
vuestro amor.

Eduard. No; las heridas,
que son las que aquí me hicieron
hoy con vos tan compasiva.
se os curarán presto.

Ulr.

Ulr. Y qué curadas, me olvidariais?

Eduard. Como que cesó la causa, los efectos cesarian.

Ulr. Eso no es amarme á mí.

Eduard. Quién acaso lo decia?

Ulr. Mi deseo.

Eduard. Ah! pues él solo os ha engañado este dia.

Ulr. Pues si no me amais, por qué no queréis que de la Quinta me ausente?

Eduard. Porque no estan bien curadas las heridas, y me compadeceis mucho.

Ulr. Ah, sois vos muy compasiva:--

Eduard. Claro está.

Ulr. Pero muy ingrata.

Eduard. A quién?

Ulr. A mí.

Eduard. Pues por dicha qué os debo yo?

Ulr. Qué? una fe:--

Eduard. Cómo:-- Permitid que os diga que estais engañado, Ulrico, pues ni he visto por mi vida, ni recibido tal fe.

Ulr. En aqueso mismo estriba la ingratitud.

Eduard. Y si acaso la admitiera, lo sería?

Ulr. No.

Eduard. Pues digo que:--

Ulr. Decid.

Eduard. Qué: que no puedo admitirla: corazon mucho resistes. *Ap.*

Pues claro está que querriais tambien vos, que os la pagara, despues de verla admitida.

Ulr. No, bella Eduarda; os amo sin esperanza.

Eduard. Seria muy necia yo en creerlo así.

Ulr. Pues en vuestra mano misma:--

Va á cogerla la mano, y ella la retira.

Eduard. Qué vais á hacer?

Ulr. Juramento de amaros toda mi vida,

sin pretender mas favor, que el que me diereis vos misma.

Eduard. Y á qué es cogermela mano?

Ulr. Es circunstancia precisa del juramento.

Eduard. Ah, pues no, no jureis por vida mia; lo creo, y ::--

Ulr. Qué?

Vuelve á salir Fabricio, y el Criado que parte.

Fab. Perdonad si os dexé; que el que se mira con la obligacion que yo, debe atender á cumplirla.

Ulr. Hicisteis bien; pues yo siento *Ap.* que volviesséis tan aprisa.

Eduard. Corazon, qué galan es! *Mirando á Ulrico.*

Ulr. Oh, con que rubor me mira!

Fab. Y pues ya, gracias al Cielo, se ve tan restablecida vuestra salud, referidnos la causa de las desdichas que en vos vimos, satisfecho, de que si importa encubrirlas, eternamente sabrán Fabricio y su tierna hija reservarlas en su pecho.

Ulr. Sí haré; que si bien se mira, justo es que llegue á saberlas, quien tambien supo sentirlas. Sabreis qué:--

Sale el Criado. El Baron de Croix nuestro amo, viene.

Ulr. Desdichas, el Baron de Croix?

Sobresaltado.

Fab. El mismo.

Ulr. Oh Dios! *Temblando.*

Fab. Qué causa os obliga á temblar así?

Ulr. Fabricio, ya lo sabreis. Ved aprisa donde he de ocultarme. El Cielo:-- mi horror:-- su fiereza misma:--

Fab. Me habeis sorprendido.

Ulr. Vaya,

Fabricio, Eduarda, aprisa:—

Con impaciencia.

Eduard. Padre.

Fab. No sé dónde pueda:—

allí:— pero lo registra
todo el Baron quando viene,
y no discuro:— á fe mia,
que estoy confuso.

Eduard. En la cueba,
por su obscuridad:—

Fab. Sí, hija:

tienes razon. Presto, Ulrico:
aquí el Baron en su vida
baxó, ni aun nosotros mismos
registramos su infinita
concauidad; una estancia
tan sola hacemos que sirva
para almacenar los granos;
en ella:—

Ulr. Sí, nada diga
vuestra voz; ya voy: oh Dios!
me estremezco.

Baxa, ayudado de Fabricio y Eduarda.

Fab. Eduarda mia,
qué tendrá con el Baron,
Ulrico?

Eduard. Yo sorprendida
he quedado al verle. Apenas
le oyó nombrar, de la silla
se levantó; se estremece,
se sobresalta, suspira,
y pierde el color. No visteis
qué temblor le dió?

Fab. Sí, hija;
y todo quanto estoy viendo,
me confunde, y horroriza.
Si acaso:—

Salen el Baron y Vesmer.

Bar. Qué hay, buen Fabricio?

Fab. Que tengais muy buenos dias.

Bar. Qué hermosa estás, Eduarda.

Eduard. Criada vuestra.

Sale el Criado. A la Quinta
llegaron dos Oficiales,
y por vos con mucha prisa

A Fabricio.

preguntan.

Fab. Por mí? Pesares,

qué querrán?

Bar. Parte ya, y mira
qué quieren, mientras que yo
(por si me son conocidas
sus personas) me retiro.

Vase Fabricio.

Ven, y me harás compañía,
Eduarda.

Habla con Vesmer.

Eduard. Ya obedezco.

Ay Ulrico, tus desdichas
vinieron hoy á quitar
el sosiego al alma mia.

Bar. Hazlo así.

Ves n. Está bien. Oh monstruo,
qué odiosa me es tu perfidia!

Vase por la derecha.

Bar. Amor, no es mala ocasion
para conseguir mis dichas.

Vanse por la izquierda los dos.

*Salen por la derecha Leopoldo, Vin-
cárt, y Fabricio.*

Fab. Sí, Señor; el dueño es,
como os dixe, de esta Quinta;
pero no obstante, á qualquiera
que aquí llega con la misma
atención que vos, la ofrezco
yo, como si fuera mia;
y así podeis libremente
pasar aquí las fatigas
del calor, que aunque no halleis
las viandas exquisitas
que en la Corte, por lo menos
se os servirá una comida
curiosa, y bien sazónada.

Leop. Oh! bravo, bravo. Se estima,
buen viejo. Y decidme, aquí
teneis alguna familia?

Fab. Una hija solamente.

Leop. Ah, qué bueno! Y es bonita?

Fáb. Quando muy bella no sea,
es virtuosa, y sencilla.

Leop. Vámosla á ver al instante;
que esto de Aldeana, y niña,
son siempre para un Soldado
famosas prerogativas.

Fab. Esperad, no os molesteis,
que ella saldrá á la voz mia.

Leop. Presto, presto, que ya estoy

impaciente yo.

Vinc. Que finja
tan bien el Emperador.

Fab. Al punto. Eduarda. Nifia.

Leop. Ola : Eduarda se llama?

Fab. Sí , Señor.

Leop. Qué peregrina

Holandesa de su nombre
amé yo! Qué alegres dias
dió su padre al Regimiento!

Qué banquetes ! Qué comidas!

Qué bailes! Toda la Corte
alborotada tenia

el viejo ; pero Eduarda:--

vaya , era la mas divina
muger del mundo. Qué ojos!

qué nariz ! y qué boquita
tan delicada ! Pues digo,

el talle , el talle ; podia
cabrer en un puño.

Fab. Cielos,

es hombre , ó es taravilla?

Leop. Viene la nifia , ó no viene?

Enseñadme la cocina

que yo iré á verla : mas tate,

Dentro un tiro , y se suspenden todos.

que aquesse tiro publica

que hay alguna caza dentro,

y quien la caza persiga.

Dentro Eduard. Padre mio?

Fab. Oh Dios! Señores,

seguidme : alguna desdicha

la sucede á mi Eduarda.

Dentro Eduard. Padre ?

Fab. Hija. Vamos aprisa.

Vanse , y Vincart.

Leop. Vamos , y hasta conseguir

las ideas que medita

mi corazon , deme el Cielo

constancia , ardides , y dicha!

Ap.

ACTO SEGUNDO.

El Teatro representará el interior de una gruta , llena de peñascos sin orden , y figuradas en varios parages de ella , algunas feras dormidas , que bagan mas espantosa la Escena. En lo interior de la izquierda , habrá algunos peñascos formando una pequeña elevacion , en la que se descubre una grieta , que es tránsito para la otra parte de la gruta. La Escena será enteramente á obscuras , y se dexará ver á Eleonora tendida en el suelo , el cabello sin compostura , el rostro ensangrentado , y el vestido despedazado , como trasiornada de dolor. Sale por la grieta Ulrico , y descenderá con estos versos al Teatro poco á poco.

Ulr. Apenas en parte alguna

me parece que me miro

seguro , de los rigores

del cruel Bazon. Qué sitio

tan lóbrego y espantoso!

Peñas escarpadas piso

solamente ; en cada paso,

pienso hallar un precipicio.

Ni aun un destello de luz

por parte alguna percibo,

que guie la planta. Ah monstruo,

quánta clase de martirios

me hace pasar la memoria

de tu impiedad!

Eleonora vuelve en sí ; registra con espanto el Teatro , da un profundo suspiro , y dice llena de dolor.

Eleon. Bendito

sea el Señor , que probar

así mi constancia quiso.

Qué estancia tan pavorosa

es esta , en que de continuo

vive la noche ? Sin duda

el sepulcro es , que previno

la maldad á mi constancia:

pués séalo. Mi afligido

corazon cansado está

de amarguras y conflictos:

años há que no vió el rostro á la paz, ni el regocijo un instante, y le será dulce la muerte; ella miro que es el fin de nuestros males; pues llegue, llegue, Dios mio, la mia, y con ella acabe el tropel de mis martirios.

Ulr. Cielos, qué funestas voces llegaron á mis oidos? todo me asombra.

Eleon. Qué en vano pienso buscar el camino, de salir de esta horrorosa mansion! Aquí mi destino me conduxo, para ser lastimoso sacrificio de mi desesperacion. Para mi sepulcro se hizo esta triste estancia; solo me parece que diviso fieras hambrientas, que llegan á devorarme. No miró, por qualquier parte que vuelvo los ojos, sino conflictos, y angustias. Mi dulce esposo no tendrá mas el martirio de verme, ni yo el consuelo de dar el aliento mio en sus brazos.

Ulr. Toda el alma su llanto me ha conmovido. Válgame Dios! Quién será, ó por dónde habrá venido á esta estancia? Con qué causa estará en tan triste sitio padeciendo? No, yo llevo, por si es que puedo inquirirlo, y consolarla. Muger, cuyo llanto ha enternecido mi corazon:-

Eleon. Ay de mí!

Ulr. Quién eres? Cómo has venido hasta aquí? y por qué te quejas ahora de tu destino?

Eleon. Para qué, monstruo inhumano, lo preguntas, si tú mismo me has sepultado aquí viva?

Ulr. Yo? me estremezco de oirlo solamente. Haber puede un corazon tan iniquo, y cruel?

Eleon. Luego no eres cómplice en este delito?

Ulr. No.

Eleon. Luego no me conoces?

Ulr. No.

Eleon. Qué he escuchado, Dios mio! Luego podré confiarte mis males, y aun el alivio esperar de tu nobleza?

Ulr. Sí.

Eleon. Pues dime ya, qué sitio es este, donde la noche viviendo está de continuo?

Ulr. Solo sé, que es una cueba, donde guarda sus ópimos frutos un buen Mayoral del Baron de Croix.

Eleon. Qué he oido?

Y sois del Baron, criado?

Ulr. No; pero de huesped vivo en la Quinta, adonde da la entrada de aqueste abismo.

Eleon. Bien es que yo le disfrace *Ap.* este suceso. Pues miro en vuestras palabras, hombre, (seais quien fuereis) indicios de vuestra piedad, sabed, que un poderoso atrevido me conduxo aquí, rendida á un amargo parasismo, para triunfar de mi honor sin duda, y dar al delito de su infamia, en esta gruta sepulcro eterno, conmigo: presto volverá sin duda á efectuar sus designios detestables; y pues vos podeis ahora impedirlos, sacándome de esta estancia, hacedlo, yo os lo suplico, como muger la mas triste, y desgraciada.

Ulr. Buen Dios, qué exécrable accion! corrido

estoy , de que un racional proceda así : me horrorizo de escucharlo. Si el Barón:- no lo dudaré , es iniquo; es suya esta Quinta , y nadie pudiera haberla traído hasta aquí , sin orden suya. (tra

Eleon. Qué os suspendeis? La alma vuestro podrá hacerse á mis martirios insensible?

Ulr. No , Señora.

Válgame Dios , si Fabricio será cómplice en un hecho tan exécrable? Su digno corazón:- No , no es creíble.

Eleon. Qué deliberáis?

Ulr. Conmigo

venid , Señora : este seno pavoroso de improviso dexemos. Vuestras desdichas hallarán seguro asilo en la virtud de un anciano , que habita esta Quinta. El mismo , y su hija (que es hermosa , como sencilla) confío que disiparán en breve vuestros males.

Eleon. Oh ! propicio se muestre el Cielo esta vez , á mis infortunios.

Ulr. Digo

que sí : no desconfeís: ojalá lo hubiera sido tanto para la virtud de Adelina. Su destino se ignorará para siempre.

Eleon. Qué igual es á la de Ulrico su virtud! Ay triste joven! tu memoria de continuo cubrirá mi corazón de amargura,

Ulr. Qué afligido está vuestro corazón!

Eleon. Soy desdichada.

Ulr. Ah ! no vino á hallaros aquí un dichoso , Señora , que á fe de Ulrico:-

Eleon. Sto. Dios, qué es lo que escucho!

Cómo os llamais ?

Ulr. No os lo ha dicho ya mi voz?

Eleon. Qué , por ventura seréis vos , quien tanto alivio dió á la infeliz Adelina en sus trabajos ?

Ulr. El mismo :

y quién hoy sus desventuras siente , con el mas activo dolor. Vos la conociais?

Ap. Eleon. Pues él no me ha conocido , *Ap.* quiero fingir. Profesé con ella el mas dulce y fino lazo de amistad. Me consta cuánto á vos os ha debido , y cuánto en su corazón os lo agradece.

Ulr. Ah , qué juicio!

qué honestidad ! qué virtud la de Adelina ! El destino la persigue injustamente , Señora. No ha merecido su corazón , la amargura con que ha vivido. Impropios , ó incomprendibles los Cielos , conceden á los impíos el placer , y dan al justo el pesar de que no es digno. Vos , que á fondo la tratasteis , sin duda habreis conocido las preciosas qualidades de aquella alma. Yo he perdido en Adelina la gloria mayor del mundo. Si vivo muchos años , no habrá instante en que mi honesto cariño no renueve su memoria con triste llanto.

Eleon. Qué oído?

Pues qué , donde está Adelina?

Ulr. Ah Señora ! Ya habrá sido víctima de otros furros á estas horas.

Eleon. Cómo , Ulrico , si yo la ví , y hablé anoche?

Ulr. No sé ; solo sé deciros , que hoy fué el dia mas infausto

para Adelina. La he visto entre las garras de un tigre, sin poderla dar alivio de modo alguno. A mis ojos la hurtó fiero, y ya imagino que la habrá despedazado.

Eleon. Tal vez no: los Cielos mismos, que al parecer, inhumanos, nos presentan los conflictos, para que reconozcamos nuestra flaqueza, benignos despues, nos suelen sacar de los mayores peligros. Adelina estará viva y aun tal vez, adonde Ulrico no creyera.

Ulr. Ah! no lo espero.

Eleon. Lo esperareis, si yo os digo, que la he visto libre?

Ulr. Quando?

Eleon. Despues que la habeis perdido.

Ulr. Qué decís? adónde está?

vamos á buscarla. El juicio perderé; si vuelvo á verla, de alegría.

Eleon. Ah honesto Ulrico!

con la amistad mas sincera premiaré yo tu cariño.

No me atrevo á declararme, porque el placer improviso no le mate. Vamos pues, que brevemente confio veais á Adelina.

Ulr. Ah!

ella, y el amable hechizo de Eduarda, serán hoy mi bien, y el único alivio de mis desgracias. Venid, venid, Señora, y rendidos, humildes y alborozados, pues tal piedad le debimos, digamos llenos de fe, de amor y de regocijo:

Buen Dios:—

Eleon. Centro de piedad:—

Ulr. Pues tenéis para el impio castigos:—

Eleon. Y para el justo

premio equivalente y digno:—

Los dos. Distribuya vuestra mano, Señor, premios y castigos.

Lleva de la mano Ulrico á Eleonora por la grieta, y se descubre el zaguan con la boca de la cueva, y salen Fabricio y Leopoldo.

Leop. Con que, Fabricio, decidme, cuál fué la ocasion del tiro que escuchamos?

Fab. Señor, solo (segun Eduarda dixo)

haberla instado el Baron que con el fiero estallido de una pistola, acabase de matar un corzo herido,

que desde un balcon, miraban baxar de ese montecillo.

Bien que yo en su sobresalto otra causa he discurrido mayor, que espero sacar de su corazon sencillo.

Leop. Pues yo, luego que dixisteis, que se hallaba en aquel sitio el Baron de Croix, no quise que me viera. Y pues salimos del susto, y él de la Quinta, segun decís, ha partido, sentémonos, y aquí un rato pasaremos divertidos en buena conversacion.

Fab. Como gustéis: no replico.

Se sientan.

Ay honor, qué delicado nuestra ceguedad te hizo!

Leop. Sobre qué la emprendemos?

Sobre el amor? desatino: sois viejo ya, y no es materia para viejos carcomidos.

De guerras? menos: pues vos en este humilde ejercicio, no sabreis mas que cabar, segar y trillar. Mas chito, ya me ocurrió: habeis viajado?

Fab. Si es que la verdad os digo, de Holanda aquí solamente.

Leop. Te pesará haberlo dicho.

Oh, bravo! Ya para rato

tenemos aquí, Fabricio, porque yo también la Holanda de cruz á fecha he corrido. Gran clima! Y qué buen gobierno el de aquel Reyno! Le envidio ciertamente; porque aquí nuestro Emperador, es niño, poco zeloso, y:-

Fab. Despacio

Señor Coronel. Yo he oido hablar muy distintamente del Emperador. Le admiro, y quiero como vasallo; y ríflera, vive Christo, con mi padre, si á ultrajarle llegára. No; yo os suplico que hablemos de otra materia, ó no hablemos:

Leop. Ah! ah! lindo!

Me gusta ver al buen viejo de valiente revestido.

Fab. De valiente no; de amante, y fiel al Rey, me revisto.

Ni honor, ni rentas le debo; pero le debo este mismo respeto que le tributo, por su caracter divino.

Leop. No son estas expresiones

de un mayoral; yo proñigo con mi cautela. Y decidme, habeis á Leopoldo visto alguna vez?

Fab. No Señor; ni de este tiempo he salido desde que vine de Holanda.

Leop. No es este muy mal principio.

Hacéis bien; con otro gusto fuerais á Holanda. Os afirmo, que no es mi patria, y la tengo, pasión. Ah! qué divertido viví allá, el tiempo que estuve con licencia! Quanto no hizo por obsequiarme Virsof el Capitan! Oh! es amigo de los mejores! Qué lance tan ruidoso contó él mismo que le sucedió. Ya al rostro *Ap.* van saliendo los testigos.

Le supisteis, por ventura? todos discurren con juicio, que el Conde de Erbrik fué un loco, y temerario. El delirio de sus zelos, le arrastró aun hecho bastante indigno, y vergonzoso.

Fab. Ah, Señor,

que vos hablais como amigo del traidor Virsof! El dió muy suficiente motivo al Conde, para el exceso que cometió! Su honor mismo le induxo á vengar su afrenta con la muerte, que ofendido, dió á su esposa infiel.

Leop. La muerte?

vaya, vos soñais, Fabricio, que Eleonora la Condesa vive.

Fab. Cómo? Marmol frio *Ap.* he quedado. La Condesa vive?

Leop. Sí, y aun he sabido que en busca del Conde, va peregrinando los sitios mas remotos de la Europa. Mal empleado cariño en un hombre tan cruel, y perverso.

Fab. Suspendido he quedado. Sabeis vos con certeza (me horrorizo de pensarlo) que Eleonora está viva.

Leop. Sí; mas digo, parece que la noticia, Fabricio os ha sorprendido.

Fab. Enmendar quiero el efecto *Ap.* de mi furor. Sí, os afirmo que me sorprende; y qué extraño; quando por cierto se dixo, que su Esposo la dexó muerta á estocadas?

Leop. Qué he oido! *Ap.*

Y qué, vos los conocisteis?

Eab. Tuve el honor de servirlos mucho tiempo.

Leop. No me engañas. *Ap.*

No en vano habeis defendido
la temeridad del Conde.

Fab. Sí, Señor; sé los motivos
que Virsóf, y su alevosa

muger dieron repetidos
á mi Señor; sé tambien,
que á entrambos les recon vino

prudente, y que despreciaron
su reconvenccion. Me irritó
al acordarlo. Todo esto

lo he presenciado yo mismo;
Y si algun traidor pretende
oponerse á lo que digo

salga al campo, y á estocadas
le hará confesar lo mismo
mi valor, pues si yo:—

Leop. Ya *Ap.*

claro su furor me ha dicho
quien es.

Fab. Perdonad, Señor,
que la fe con que he servido

al Conde, me ha enagenado
de este modo.

Leop. Sí; é imagino
que ni aun el Conde se hubiera

como vos enardecido
en esta ocasion. No se hallan
muchos criados, tan finos

como lo sois vos del Conde.

Fab. Si Señor, mucho le estimo:
y como sé la justicia

que le asiste, no permito,
que afee alguno, una accion

tan noble; pero imagino
que si yo viera:— qué es ver,

si llegará á presumirlo
no mas, de mi Esposa, airado,

sangriento, y enfurecido,
con las manos, y los dientes

despedazará en el sitio
de la infamia el corazon

que dió á mi afrenta motivo.

Leop. Me gusta, á fe de Derson,
el ver como el buen Fabricio

se enfada, por lo que ni á él,
ni á mí nos importa un pito.

Que Virsóf la amara, y aun

que fuera correspondido
de Eleonora, no es extraño;

pues teniendo por marido
á un viejancon como Erbrik,

zeloso, y con mil delirios
de la antigüedad, qué mucho

que hiciera algun desatino?

En fin, ya el Emperador
sabe el humilde destino

del Conde, y á las instancias
de Jacobo, ha prometido

reconciliar á los dos.
Fab. Qué escucho, rencores míos?

Luego vive el Conde?

Leop. Sí,
y no léjos de este sitio.

Fab. Y el Emperador lo sabe?

Leop. Así á lo menos he oido
en la Corte, con que presto

volvèreis á ver unidos
á vuestros Amos.

Fab. Dificil
me parece el conseguirlo,

pues sé yo, que mi señor,
léjos de darse á partido

tan vergonzoso, si viera
no mas un leve vestigio,

un atomo, ó una sombra
de la vil Condesa á tiro

de su venganza, otra vez
la despedazara él mismo.

Leop. Pues tambien sé yo que airado
el Emperador altivo

Leopoldo, sabria hacer
(si el Conde Erbrik atrevido

se opusiera á sus preceptos)
que un Verdugo, y un cuchillo

derribarán de sus hombros
la:— *irritado.*

Fab. Señor, yo:— *temeroso.*
Sale Eduarda. Padre mio.

Leop. Oh, Fabricio, qué muchacha
tan gentil! No; no ha nacido

esta en Alemania. Chasco!
qué ojos tiene tan dormidos,
y tacaños! Dí, hermosura,
para quien guarda Fabricio
ese trozo de donaire?

Para algun gañan; no es fijo?

Oh! qué lastima se me hace,
que un Oficial de los míos
no cargue con tal prebenda.

Te gusta la tropa? dilo
y verás qué prontamente
te proporciono yo mismo
una buena presa.

Fab. Oh, quanto *Ap.*
este hombre me ha confundido
con su caracter. No sé
qué crea de lo que he visto.

Leop. Qué no me hablas? tienes miedo
á Papa? Gentil capricho!
Fab. Fabricio, haced que la niña
me diga quatro cariños
sin cortedad.

Eduard. Oh qué jóven *Ap.*
tan diferente de Ulrico!
Padre, pronta tenéis ya
la comida.

Fab. Y vuestro amigo?

Leop. Veisle, que llega. *Sale Vincart.*

Fab. Pues vamos.

Leop. Y está sazónada, digo,
por esas manos? Qué tal? *á Vincart.*

Vincart. Seguir su humor es preciso
Yo os aseguro que tiene *(Ap.*
el Baron, en este sitio
estupenda Mayorala.

Fab. Mucho la honrais.

Eduard. De este sitio
deseo apartarlos, para
que pueda salir Ulrico. *Vase.*

Fab. Vamos ya.

Dent. Ulr. Fabricio?

Fab. Cielos,

Ulrico es este.

Dent. Ulr. Fabricio?

Fab. El es, sí. Vuelvo al instante
á Leopoldo.

Qué puede haber sucedido!

*Baxa por la boca del Sotano, y quedan
hablando Leopoldo y Vincart.*

Vinc. Señor, qué tal va de astucia?

Leop. Muy bien; todos los testigos
son fuertes; mas otra prueba
hacer en esto imagino.

Tú en el instante, es forzoso
que lles un orden mio
al Baron, para que al punto
haga llevar á Fabricio
preso á la Corte.

Vinc. Señor:::-

Leop. Hazlo, y calla.

Vinc. No replico.

*Sacan Fabricio y Ulrico á Eleonora
desmayada, y con los siguientes versos
de Fabricio, Leopoldo y Vincart, se
vienen ácia ellos. Ulrico, al reconocer
el rostro de Eleonora, da un grito des-
compasado de alegría, y al ver al Em-
perador quiere echarse á sus pies, y él
le detiene con disimulo abrazándole,
quedándose todos un corto instante
suspensos.*

Fab. Señores, llegad á prisa
á admirar este prodigio

Ulr. Oh, Dios! Adelina.

Leop. Cielos,

no es Ulrico este que miro? *Ap.*

Ulr. Fabricio:::- Pero qué veo?

Leop. Camarada. Finge Ulrico,
Aparte, y abrazale.

que importa.

Ulr. Leopoldo aquí *Ap.*

con tal disfraz? No registro
sino asombros. Presto, presto,
llevemos los dos Fabricio,
esa Dama, donde pueda
cobrar su aliento perdido.

Leop. Pero no sabremos:::-

Ulr. Sí;

atendamos á su alivio
ahora, y despues sabreis
los sucesos peregrinos
de esta muger, que es forzoso
que os dexen enternecidos.

Fab. Vamos, pues; y en tanto:::-

Vinc. Dudas:::-

Fab. Temores:::-

Leop. Ardides míos:::-

Ulr. Piedades míos:::-

Vinc. A discurrir:::-

Fab. A declarar este abismo.

Leop. A proseguir mis ideas.

Ulr. A remediar su conflicto.

Todos. Hasta que piadoso el Cielo
los conceda algun alivio.

*Entranse todos: cae telon de selva, y
salen el Baron y Vesmer.*

Bar. Sí, Vesmer; burló Eduarda

con astucia mi cariño.

Solicité su hermosura

con rendimientos fingidos

y promesas; resistiólos

con esfuerzo nunca visto;

amenacéla, y no bien

vió dispuesto mi apetito.

á una violencia, fingió

rendirse á mis desvarios;

dirigióse á su aposento,

y quando yo amante fino

iba á entrar en él gozoso,

echó mano de improviso

á una pistola, de dos

que tenia allí Fabricio,

y dirigiendo su boca

ácia mi pecho, me dixo:

así una muger honesta

se libra de un atrevido.

Disparó, mas quiso el Cielo

que pasara todo el tiro

por entre el brazo y el cuerpo

sin ofenderme. Me irritó

mas con su engafio, y sin duda

consiguiera mi designio

exécrcable, á no traer

tan prontamente á Fabricio

el ruido de la pistola;

élla, ó por no dar martirio

á su padre, ó por temer

mi rigor, con artificio

disculpó aquel accidente,

y yo salí enfurecido,

y dispuesto á vengar hoy

los ultrages que me hizo.

Vesm. Pues qué maquináis?

Bar. Escucha.

Yo me llevaré conmigo

á Fabricio aquesta tarde

bien lejos, y divertido

le tendré, en tanto que tú

de aquesta ocasion valido,

robas á Eduarda, y la llevas

con prontitud y sigilo

á Viena.

Vesm. Oh, qué maldad!

Ap.

Bar. Allí:-- pero ya tu mismo

puedes discurrir qué hará

la rabia que ahora respiro

con Eduarda.

Vesm. Buen Dios,

Ap.

no consintais tal delito:

su virtud ampara.

Bar. Y bien,

Vesmer, qué te ha parecido

mi idea?

Vesm. Muy mal, Señor;

perdonad, que así lo digo.

Vos os vais precipitando

á una serie de delios

ciegamente. Con crueldad

hicisteis morir á Ulrico

esta mañana. A Adelina,

sepultada entre esos riscos

teneis, adonde sin duda

á estas horas ya, su mismo

dolor, la habrá muerto. Ah!

y queréis ahora sin juicio

cometer aqueste crimen

tan detestable é indigno

de vuestra nobleza. No,

no mi Señor: yo os suplico, *se ar-*

como fiel criado, y como *rodilla.*

hombre á quien habeis debido

vuestra educacion, que cuerdo

hagais, lo que los principios

de la humanidad enseñan;

sufocad con heroismo

vuestra crueldad, y:--

Bar. Basta,

basta, que ya estoy corrido

de sufrir tanta osadía.

Vesm. Os quiero bien, y:--

Bar. Me irritó

mas, y mas; sígueme, y nunca

te opongas tan atrevido

á mis intentos, por mas

que te parezcan impíos.

Vesm. Está bien. Oh qué de males

acarrea un Juez iniquo.

*Vase.
El*

El Zaguán como ántes, y sale Fabricio.

Fab. Ahora confusiones, ahora que en el jardín divertidos se hallan todos, y yo puedo destinar á mis suspiros este rato, es ocasion de aclarar el laberinto de dudas, en que me pone quanto escucho, y quanto miro.

Al paño Eduard. Yo no puedo descansar un instante; ya es preciso descubrirselo. Allí está; temor, yo me determino. *Sale*

Fab. Dónde vas, Eduarda?

Eduard. Oh, Dios!

Yo he de decirle un delito tan exêcrable?

Fab. Qué tienes?

tú te agitas? Das suspiros? tiemblas? Dí; que es esto?

Eduarda se arroja precipitadamente á los pies de Fabricio, y se abraza de ellos, costernada un instante.

Eduard. Ay Padre!

Fab. Penas, qué habrá sucedido?

Hija, levanta; qué tienes?

Qué te sobresalta, dílo?

No acabes con tu silencio mi vida.

Eduard. Oh, Dios! Mi delito:::- el rubor:::-

Fab. Penas, matadme.

Delito tú?

Eduard. Me horrorizo.

Fab. Tu rubor? Qué es lo que dices?

Eduard. Ay amado Padre mio!

Yo no puedo ya ocultaros

mis desdichas, mis martirios,

mis culpas:::- tened piedad

de mi infelice destino.

Fab. Habla.

Eduard. Me estremezco.

Fab. Acaba.

Eduard. Yo muero de ver que indigno vuestra bondad; el enojo con que vuestro rostro miro, mi corazón despedaza cruelmente.

Fab. Yo la animo.

No, hija mia, no; tus males comunica aquí conmigo libremente; No te cause empacho alguno el decirlos á un padre, que con ternura los oirá. Yo tu alivio buscaré, y mientras le encuentre; sentiré tambien contigo.

Eduard. Ay, Padre, que ha de irritaros mi culpa atroz. Sí; lo miro, lo conozco así, y no puedo ocultarosla. Yo estimo, yo amo, yo adoro á un hombre ciegamente. El Cielo mismo sabe, quanto he procurado arrancar del pecho mio esta pasión; mas, Señor, confesosos que no he podido. Sus virtudes han ganado un despótico dominio en mi corazón; él solo es mi gloria, y regocijo; por él respiro, y en él todas mis venturas cifro.

Yo bien sé, que es imposible que dé á mis ansias alivio en ningun tiempo; y conozco que jamas le verá unido á mi; pero tambien sé, que de manera he esculpido en mi corazón su nombre, que no podrá el tiempo mismo borrarle; ántes mas constante, mas verdadero y mas fino hará que muera Eduarda, y que viva su carifio.

Fab. Despacio, honor. No te afijas, Eduarda. Un amor fino, si es honesto, no es un crimen tan feo como has creído.

Díme, sabe él ya tu amor?

Eduard. No Señor.

Fab. No? Ya respiro.

Y él te ama?

Eduard. Con el extremo mas honesto, y mas sencillo.

Fab. Qué pruebas tienes?

Eduard.

Eduard. Ninguna,
mas que el habérmelo dicho.

Fab. Esa no es bastante, hija;
porque los hombres fingimos
amar muchas veces, pero
amamos pocas.

Eduard. Le he oído
suspirar por mí.

Fab. Eduarda,
los hombres son cocodrilos,
que suspiran, y sollozan
para atraer con gemidos
á las jóvenes incautas;
Pero en el instante mismo
que las ven enternecidas,
y prontas á dar alivio
á sus ansias, despedazan
su honor, fieros y atrevidos.

Dime, es igual á tí?

Eduard. Ay, Padre,
que ese es solo mi martirio.
Yo fuera la mas dichosa
del mundo, si mi destino
me hubiera dado una cuna
mas noble.

Fab. Si como has dicho
te ama él de veras, no debe
reparar que hayas nacido
pobre; Virtud, y recato
buscará, no requisitos
de nobleza; vaya, dime,
quien es?

Eduard. Es:--

Fab. Dilo.

Eduard. Es:-- Ulrico.

Fab. No me pesa. Ulrico? cómo?
si hasta hoy no le has conocido?

Eduard. Ay Señor, que sus desdichas
hallaron en mí al proviso
mucha piedad, y esta sola
ha engendrado mi cariño.
Yo no puedo ya ocultarle
mas tiempo; veo el peligro
en que está mi honor, y vengo
á buscar en vos mi asilo.

Fab. Yo te lo ofrezco; mas antes
sinceramente es preciso,
que me confiese tu voz,

que intentó el Baron contigo
esta mañana, que tú
pálida, y enfurecido
el, ni uno ni otro acertabais
con las palabras.

Eduard. Qué he oído!

Fab. Díme la verdad, y advierte,
quanto es por fuerza, enemigo
de su salud, el enfermo
que por temor ó capricho
calla al Médico la causa
de su enfermedad; el mismo
venda al Médico los ojos,
para que no tenga arbitrio
de acertar la cura. Tú
enferma estás. Por divino,
y humano precepto, soy
tu Médico yo; Me obligo
á curarte; pero es fuerza
que me informes del principio
y estado de tu dolencia,
si quieres que mi cariño
acierte la cura.

Eduard. Padre,
por no daros un martirio
tan acerbo, os oculté
la verdad. Ese hombre impio,
irritado hoy, intentó
violentar mi honor. El tiro
que escuchasteis, á su pecho
fué tan solo dirigido
por mi valor, y:--

Fab. Detente,
que él viene aquí. De este sitio
te aparta, y jamas demuestres
tu sincero amor á Ulrico.

Eduard. Está bien. Fortuna, ayuda
una vez mis desvarios. *Vase*

Salen el Baron y Vesmer.

Bar. Fabricio, que hablar tenemos
los dos despacio; conmigo
vendreis esta tarde,

Fab. Bien;
quando gustéis; no replicó;
pero ántes tengo que hablaros
tambien yo; y así, os suplico
despidais á ese criado,
y oigais. *Vase Vesmer.*

Bar.

Bar. Vete. No imagino que me querrá.

Ai patio Ulr. Ya Leopoldo sabe todos los designios del Baron, y::- Pero Cielos él está aquí con Fabricio; escucharé lo que tratan.

Fab. Señor, con vuestro permiso *Se me sentaré*, que mis años *sientan* me tienen ya muy rendido.

Vos::- pero ántes que principie mi discurso, solicito haceros hoy dos preguntas. Decidme, tiene dominio el hambre para agraviar á su semejante?

Bar. Digo que no.

Fab. Y es el que lo hace acreedor al castigo?

Bar. Las Leyes estan fundadas sobre este solo principio.

Fab. Supuestas, pues, ambas cosas, decidme vos, qué motivo os induxo á pretender mi agravio con tan indignos medios, como seducir con ofensas, y carifios el corazon de Eduarda? No os bastaba haberla visto resistir tan noblemente vuestros deseos iniquos, que bárbaro, é inhumano violentar habeis querido su inocencia? Qué vil monstruo hiciera tal? un delito tan exécrable debiera afrentaros, confundiros eternamente. Miradme, yo lo digo, yo lo digo, Señor Baron. Pero vos, aun blasonareis impio, quizas, de haber intentado tal infamia. Vuestro indigno corazon es muy capaz de hacerlo así, y::-

Bar. Atrevido, *Levantase.* sella el labio, sino quieres

que este fuego que respiro, te consuma. Tú, insolente, con tan loco despotismo hablarme así? A no mirar, que fuera desdoro mio poner la mano á un villano::-

Fab. Mintió la voz que tal dixo mil veces.

Bar. Así á quien osa desmentirme á mí, castigo.

Va á levantar el baston para dar á Fabricio, sale Ulrico, y el Baron huye amedrentado.

Ulr. Detente.

Bar. Ay de mí! Que veo? si será ilusion? Ulrico::-

Yo::- si::- quando ::- nunca::- apenas con el asombro respiro.

Si á vengarte vienes, yo tu sombra huire. *Vase.*

Ulr. Yo te sigo, cobarde, y aunque te escondas en el centro del abismo, vengaré en tu infame vida mi ofensa, y la de Fabricio. *Vase.*

Fab. Y yo, aunque mas me confunda quanto escucho, y quanto miro; iré á ser de tu valor, heroico joven, testigo.

ACTO TERCERO.

El mismo Zaguan, y sale por la izquierda Ulrico.

Ulr. No pudo alcanzar mi rabia, por mas que hice, el veloz paso del Baron: pero qué mucho si iba huyendo de mi brazo? Mas pues ya tomó Leopoldo nuestra venganza á su cargo, nada importa. Dónde Cielos, estará el bello milagro de Eduarda? Su hermosura, su virtud, y su recato me encantan. Pero quién es?

Sale Vesmer, y al ver á Ulrico quiere volverse.

Vesm.

Vesm. Qué miro? Señor, yo:--quando:..

si:--

Ulr. Vesmer, de qué te asustas?
vivo estoy; no como tu amo
discurrás que soy mi sombra.
Llega; el Cielo ha preservado
mi vida, para que sea
verdugo el mas inhumano
de un perverso.

Vesm. Oh qué agradable
nueva, para quien forzado
de su temor, fué con vos
tan cruel! El Cielo santo
sabe, quanto me es odiosa
la impiedad. Estoy cansado
de recibir los preceptos
de un monstruo tan entregado
á sus torpezas. Yo vengo
lleno de dolor y espanto
á prevenir á Fabricio
el pesar que ahora mi amo
maquina darle. Esta tarde
sacarle piensa engañado
de la Quinta, con intento
de que robe yo el milagro
de Eduarda, y la conduzca
á Viena.

Ulr. Oh, Dios!

Vesm: No hallo
mas medio para estorvar
su crueldad, que avisarlo
á Fabricio.

Ulr. Sí; y yo, Vesmer,
olvidaré tus agravios
por sola esta accion. Mas dime,
qué fin dió aqese inhumano
á Adelina? Fingir quiero *Ap.*
que no lo sé.

Vesm. Oh cuán amargo
recuerdo! A un fuerte accidente
rendida, la trasplantamos
á una gruta, cuya boca,
cubierta de unos peñascos
yace en ese montecillo;
pero ya menos tirano,
á mis ruegos, determina
que la saquemos entrambos
esta noche, para hacerla

víctima de su extremado
apetito.

Ulr. No hará, Vesmer.

Vé, corre; tu sobresalto
se acabe, que ese hombre impío
vendrá á hallar el justo pago
de sus delitos, bien presto.

Tú obligale con engaños,
á que aquesta noche saque
del silo á Adelina; entrambos
baxad á su horrible estancia,
que en ella ya preparado
tendrá su castigo.

Vesm. Pero:--

Ulr. Vete, que si no me engaño
viene gente.

Vesm. Voyme. El Cielo
nos dé este dia su amparo. *Vase.*

Ulr. Ah vil Baron! Mas Fabricio
se acerca aquí acompañado
de Adelina; mientras parten
me retiraré á este lado.

*Retirase ácia la derecha, y salen por la
izquierda Adelina, y Fabricio, que se
sientan despues de estos versos.*

Fab. O si lograra mi astucia *Ap.*
sacarme aquí del cuidado,
en que esta muger me ha puesto!
Señora, si á la piedad
que hoy en mi pecho encontraron
vuestras desgracias, quereis
corresponder algun tanto,
merezcaos la confianza
de saber vuestros amargos
infortunios, y su origen;
Pues segun me han informado,
somos de una misma patria,
y á fe, que bien desgraciados.

Eleon. Ah Señor, que nadie puede,
si me es fuerza confesarlo
este dia, comparar
los suyos, con mis trabajos.

Fab. Tal vez sí; y sino, yo os ruego
los saqueis del pecho al labio
sin rubor, que yo despues
iré los mios contando,
y vereis:-- Pero desdichas,
qué es lo que miro en su mano?

Señora, hacedme merced de enseñarme este topacio, que llevais en ese dedó.

Eleon. Tomad.

Le da una sortija, y él la mira con sobresalto.

Fab. Cielos, no me engaño; ella es. Rencores, su rostro lo está tambien publicando mudamente.

Eleon. Qué teneis, que con tanto sobresalto me mirais?

Fab. Ah gran Señora! que esta sortija un agravio me acuerda, que:-

Eleon. Oh Dios! decid, pues qué, la visteis acaso otra vez?

Fab. Quereis decirme cómo llegó á vuestras manos?

Eleon. Me la dió mi dulce esposo, el dia de nuestro blando himeneo.

Fab. Iras, quereis saber ya quien es mas claro?

Eleon. Por qué quisisteis saberlo?

Fab. Para hacerte mas pedazos, vil muger, que:-

Saca un puñal, va á darla, ella huye por la derecha, y al seguirla él, salen Leopoldo y Eduarda por la izquierda, y Ulrico por la derecha: Fabricio se turba.

Eleon. No hay quién me ampare?

Leop. y Ulr. Teneos.

Eduard. Qué estoy mirando! Padre!

Leop. y Ulr. Fabricio, qué es esto?

Fab. Señores, ser desdichado. *Vase.*

Ulr. Mucho indica su semblante, mas no penetro este arcano.

Leop. Ve, y no pierdas á Fabricio *Aparte á Ulrico.* de vista.

Ulr. Voy: todo quanto oigo y veo, son enigmas. *Vase.* *Sale Vincart.*

Leop. Vincart, queda executado lo que mandé?

Vinc. Sí, Señor:

ahora en la Quinta entraron el Baron, y alguna tropa.

Leop. Ven pues, que en aqueste lado quiero ver el uso que hace del orden que yo le he dado.

Retranse.

Eduard. Ya se fueron, y yo, absorta de lo que he visto, he quedado.

Mi padre con esa dama que Ulrico á la Quinta traxo desmayada, enfurecido con un puñal en la mano? Yo me confundo.

Al paño el Bar. No entreis aquí, si es que yo no os llamo.

Eduard. Pero quién entró? Ay de mí! El Baron es, Cielo Santo: yo me voy.

Sale el Baron. Eduarda, espera.

Eduard. Quién es? Temores finjamos.

Bar. Yo, que á convidarte vengo con dichas, ó con quebrantos; con unas, si agradecida premias con finos alhagos mi amor; y con otros, si desprecias mis agasajos.

Orden del Emperador en aqueste pliego traigo, para prender á tu padre, y ponerle en un cadahalso: ó te rindes á mis ansias, ó me voy á ejecutarlo.

Eduard. Preso mi padre, por qué?

Bar. Leopoldo así lo ha mandado.

Eduard. Pero:-

Bar. Mira qué respondes.

Su vida pongo en tu mano, y su muerte: ó tú le libras, ó condenas.

Eduard. Cielo Santo, qué golpe es este?

Bar. No eliges?

Eduard. He de perder mi recato? No, no: y he de consentir que pierda mi padre amado

su vida? Oh buen Dios! Qué haré?

Bar. Resuelve, Eduarda, ó parto.

El orden del Rey es este:
si tu corazón ingrato
se rinde hoy á mis deseos,
le haré aquí dos mil pedazos
á tus ojos.

Leop. Ah perverso!

Bar. Pero sino, executado
le verás al punto.

Eduard. Honor,
esto ha de ser. Inhumano,
parte, parte, y executa
lo que Leopoldo ha mandado,
tal vez por influxo tuyo.
Prende á ese infeliz anciano,
y ponle mañana mismo
en un público cadahalso,
que aunque de llanto se cubran
mis ojos al contemplarlo,
á trueque de no mirar
por un perverso, manchado
mi honor puro, no tan solo
sufriré el pesar amargo
de verle morir, si no
que con heróico y bizarro
espíritu, seré yo
verdugo el mas inhumano
de su vida.

Bar. Eso respondes?

Eduard. Sí, y partiré á executarlo.

Bar. Prevente, pues. Ola, todos
venid siguiendo mis pasos. *Vase.*

*Salen algunos Soldados, y parten con
el Baron por la izquierda.*

Leop. Qué heróica muger! Ve, corre,
dí á Ulrico que yo le llamo.

Vinc. Obedezco. *Vase.*

Eduard. Ay infeliz,
en qué situación me hallo
tan funesta! Qué de dudas
combatiendo estan acaso
mi corazón! Entre padre,
y honor estoy batallando,
sin saber quién es primero
en mi estimación. Qué amargo,
qué triste dia es aqueste
para mí! Ya allí amarrado

cruelmente, es conducido
entre los fieros Soldados
mi dulce Padre. Qué lleno
de desconsuelo y de llanto
trae el rostro! No, es imposible
que yo vea el tierno llanto
que vierte, sin consolarle:
mi honor perdone. Tiranos:

Ahora saldrá entre los Soldados Fabricio atadas las manos, Eduarda corre á abrazarle, y el Baron la detiene.
viles ministros, dexad,
dexad que espire en sus brazos
esta infeliz.

Bar. Tente.

Eduard. Padre.

Fab. Hija, á Dios: á morir parto
por mi honor; muere tambien
por el tuyo, si los hados
lo dispusieren así;
aquesto solo te encargo,
y ruego, Eduarda, que
nada es mas que tu recato.

Bar. Ea, llevadle.

Leop. El corazón,
sus voces me han quebrantado.

Eduard. Sí haré, Padre: perdonad,
que vuestra vida no salvo
piadosa, pues es mi infamia
el precio en que la han tasado.
Id á morir, que bien pronto
hará mi dolor amargo,

*Llegan Vincart y Ulrico, y hablan
con Leopoldo.*

que os siga en la muerte quien
con tal ternura os ha amado.
Y tú, monstruo el mas horrendo,
que los senos abortaron
de la tierra, teme, teme
de los Cielos soberanos
el castigo mas atroz,
que tus culpas grangearon.

Leop. Haz lo que te digo, Ulrico.

Bar. Nada temo; son ya vanos
tus sentimientos: tú sola
pudieras haber librado
de la muerte á este caduco;
pero pues executarlo

no quisiste, sufre ahora penas, ansias, y quebrantos. (Cielos

Sale Ulr. No hará monstruo, que los compadecidos de entrambos, el consuelo que apetecen les envia por mi mano. El sello imperial es este; por él manda el Soberano Leopoldo, que en libertad dexes á ese triste anciano.

Bar. Pese á mi estrella. Ya todas mis máquinas se frustraron. Ya le obedezco: Qué rabia! Desatadle, y entretanto que mis rencoras disponen vengarse de ellos, Soldados, seguidme, que todo el mundo ha de llorar hoy su estrago.

Vase, y la Tropa.

Eduard. Padre.

Fab. Hija amada, nos dió Dios un júbilo colmado.

Ulrico, llegad, llegad *le abraza.* á estrecharos en mis brazos, y confiad que sabré el beneficio pagaros.

Mas decidme, ¿de qué modo ha llegado á vuestras manos ese sello, si jamas de la Quinta habeis faltado?

Ulr. Luego lo sabreis: ahora entremos, y acompañados de Adelina, y mis amigos, entreguémonos un rato al placer, ya que hasta aquí sufrimos tantos quebrantos.

Fab. Vamos en buena hora. Honor, *Ap.* yo te dexaré vengado. *Vase.*

Leop. Ven, Vincart, que ya el enigma del todo está penetrado. *Vase.*

Vase Fabricio, Eduarda quiere seguirle, y la detiene Ulrico.

Ulr. Eduarda?

Eduard. Qué quereis?

Ulr. Solamente preguntaros, si va en vuestro corazon mi cariño grangeando algun lugar.

Eduard. Yo, Señor, no me atrevo á asegurarlo; pero creo:--

Ulr. Qué?

Eduard. Que el mismo teneis, si verdad os hablo, ahora, que esta mañana.

Ulr. Sois ingrata.

Eduard. Ese es engaño.

Ulrico, que yo agradezco en extremo todos quantos beneficios me habeis hecho.

Ulr. Mas no los pagais.

Eduard. Los pago con agradecerlos, que es el precio en que yo los taso.

Ulr. Y no habeis de darles nunca mas premio?

Eduard. Ulrico, no alcanzo lo que podré hacer mañana; si bien (corazon suframos) creo, que no os puedo dar mas premio, que el que os he dado.

Ulr. Por qué?

Eduard. Porque soy tan pobre, que:--

Ulr. Yo miro en vuestra mano quanto desear se puede.

Eduard. Ah; pues Ulrico, si tanto tengo yo en mi mano, hay mas de que os hagais con cuidado dueño de ella?

Ulr. Cómo?

Eduard. Amor, no puedo mas. Preguntadlo á mi padre, que él tan solo sabe el modo de lograrlo. *Vase.*

Ulr. Qué escucho? Sin duda alguna

Eduarda está deseando que le declare á Fabricio mi puro amor. Pues qué aguardo? Seré capaz de privarme del bien que tanto idolatro, porque sea desigual á mi nacimiento claro?

No, no es posible. Jamas gozaria con descanso esta union, si no encontrara

tales prendas en la que amo,
Busquen otros conveniencia,
é hidalguía ; pero es llano,
que no envidiaré su suerte,
si permite el Cielo Santo
que yo gocé á mi Eduarda
con gusto , paz , y descanso.

Al irse salen Leopoldo , y Vincart.

Leop. Aquí está : Ulrico.

Ulr. Señor,

ahora partia á buscaros
con gran prisa.

Leop. Para qué?

Ulr. Solo para suplicaros,

que os digneis venir conmigo
á presenciar recatado
otra impiedad del Baron.

Leop. A dónde ?

Ulr. Seguid mis pasos,

y os lo diré , porque el tiempo
urge ya.

Leop. Sí , Ulrico , vamos,

porque llegue mi poder
con tiempo á estorbar el daño.

Ven , Vincart , y advierte ahora
quan tarde sus inhumanos,
y viles hechos hubieran

á mis oídos llegado,
si no hubiera mi grandeza
venido hoy á presenciarlos.

Ah Reyes! cómo os dormís,
si reside en vuestra mano
la felicidad del pobre?

Velad , velad , que hay tiranos
poderosos ; malos jueces,
y miserables vasallos,

que baxo su iniquidad
viven muriendo , y callando *Vase.*

*Selva corta , y salen con capas y una
linterna el Baron y Vesmer. La*

Solista Escena es de noche.

Bar. No habrá objeto , que no sea
miserable , y triste pasto
de mis furores. Ah infame

Fabricio! Ah Ulrico!- Ah Eduarda!

Presto vereis cómo pago
vuestros rigores. Ya , Vesmer,
la noche nos brinda. Vamos

á la gruta ; en ella quiero
ver , si da el premio que aguardo
Adelina á mis cariños ;
pues sino , mas inhumano
que nunca , daré sepulcro
á su corazón ingrato
en la misma estancia.

Vesm. A quién

no horroriza el escucharlo?

Señor!:-

Bar. Vengueme de todos,

pues todos me han agraviado.

Luego que salga del silo,

y esten mis viles contrarios

rendidos al sueño , haré

que mueran todos á manos

de!:- pero luego sabrás

quanto mi rabia ha ideado.

Ven aprisa.

Vase.

Vesm. Ah monstruo ! antes

llorarás tu mismo estrago.

Vase.

Levántase el telon , y aparece la mis-

ma decoracion con que empezó el segun-

do Acto , y salen por la grieta Ulrico

con una tea encendida , el Emperador,

Vincart , Fabricio , y Eleonora , co-

mo apareció en esta decora-

cion.

Lep. Qué lóbrega estancia!

Ulr. En ella

á Adelina sepultaron

las cautelas de aquel monstruo.

Leop. Horror me da el escucharlo

tan solo. Sabeis , Fabricio,

si tiene otra entrada acaso

esta gruta?

Fab. No , Señor;

pues jamas he penetrado

hasta aquí , ni menos supe

su profundidad. Usamos

solamente aquel pequeño

recinto , que hemos pasado,

para almacenar los frutos.

Ulr. Pues yo de saber acabo

como os dixé , que otra tiene

cubierta de unos peñascos,

junto á ese bosque , que!:- pero

ruido á esta parte he escuchado,

y aun la luz diviso. Aprisa; aquí pueden ocultarnos estas penas. Vos, cumplid, Adelina, con mi encargo exáctamente, porque la confusion del malvado sea mayor.

Eleonor. Id, Ulrico, que yo sabré aparentarlo.

Eleonora se echará como consternada de dolor. Ulrico apaga la tea, y los quatro se ocultan detras de los peñascos. El Baron y Vesmer salen por la derecha, como buscándola.

Eleon. Quién aquí:— pero ay de mí!

Bar. Mitiga tu sobresalto, muger infeliz. Yo soy, que á poner vengo en tu mano tu vida, ó tu muerte.

Vesm. Cielos, *Aparte.* si Ulrico me habrá engañado.

Bar. Ya sabes cuánto he querido solicitar con alhagos tu hermosura, y cuánto siempre fué tu corazon, ingrato para mí. Sabes tambien, que por vengar mis agravios, di muerte á Ulrico, y á tí te habia ya sepultado para siempre en esta gruta, donde la hambre y sed acaso fueran verdugos crueles de tu vida.

Eleon. Sí, inhumano, lo sé; mas sé que los Cielos velarán siempre en mi amparo.

Bar. Vana esperanza. Disponte á dar á mi amor el pago suspirado, si deseas vivir. Sé que tus tiranos desprecios no merecian, que mi poder irritado se diera á partido; pero mi amor me hace ejecutarlo. Si á mi gusto te sujetas, Señora de quanto valgo serás; pero si porfias en despreciar mis alhagos,

no habrá crueldad, martirio, ni fiereza, que inhumano no use contigo, despues que haya tu honor sido estrago de la fuerza.

Leop. Ah monstruo horrendo!

Fab. Creible es, quanto he escuchado!

Vesm. Aun yo temo su crueldad.

Eleon. Si porque me estás mirando sola, afligida, llorosa, y sin el menor amparo, crees, que ha de tener fin mi resistencia, es engaño, pues siempre fiel á mi esposo, y á Dios, sabré á tus malvados pensamientos oponerme con el valor mas christiano. Te aborrezco, si; abomino, y detesto tus resabios exécrables, y prefiero, por no mirarme en tus brazos horribles, morir, sufriendo los pesares mas amargos.

Fab. Quién esto dice al Baron *Ap.* posible es, Cielos tiranos, que con Virsóf me agraviara!

Bar. Eso dices?

Eleon. Sí.

Leop. Veamos su resolucion.

Bar. Pues ya que ni el rigor ni el agrado te obligan, loca, disponte á padecer hoy tu estrago; y ojala que aquí estuviera Ulrico, porque tu agravio presenciara.

Sale Ulrico, y el Baron se turba.

Ulr. Ya está aquí, hombre aleve, á presenciarlo.

Bar. Ay de mí! Cómo:— si:— Cielos, cómo, aunque viva, ha llegado á esta estancia?

Vesm. No mintió; *Ap.* pero por dónde habrá entrado?

Ulr. Qué te turba? Vivo estoy, monstruo vil. Nada lograron tus traiciones, ni es posible

qué logren mas que tu estrago.
Bar. Porque veas , que de verte,
 ni me horrorizo , ni espanto,
 y que á tu vida, en mi pecho
 un rencor eterno guardo,
 el martirio mas atroz
 he de hacer sufrir á entrambos.

Leop. Vinc. y Fab. Qué intentará?

Bar. Dexa , Vesmer,
 esa luz. Pongo en tu mano

Dale un puñal.

este puñal , con su punta
 traspasa ya el pecho ingrato
 de esa muger.

Vesm. Señor:--

Ulr. Tente.

Leop. Saldré á impedirlo.

Bar. Villano,
 hazlo , ó serás desperdicio
 de mi rabia.

Saca una pistola.

Vesm. Cielo Santo!

Vesmer indeterminado; Ulrico queriendo ir á estorbar la accion , y el Baron poniéndole la pistola al pecho.

Ulr. Primero sabré:--

Bar. Detente,
 ó vive Dios , que te mato.

Vesm. Qué angustia!

Bar. Qué haces? á *Vesmer con enojo.*

Vesm. Señor:--

Ulr. No recelas , temerario,
 que para crimen tan feo
 envíe el Cielo una mano,
 que:--

Bar. ¿Por ventura discurrees,
 loco , que habrá alguna , acaso
 capaz de humillarme?

Ulr. Sí.

Bar. Dóndé?

*Salen Leopoldo , Fabricio , y Vincart,
 y el Baron se sorprende.*

Leop. Aquí.

Bar. Cielos , de marmol
 parece que soy.

Vesm. Leopoldo;

Cielos , yo estoy asombrado!

Bar. Señor , yo:--

Leop. Pérfido , calla;
 sella tus indignos lábios,
 y no á tus horrendas culpas
 pretendas buscar descargo,
 cauteloso. Di , perverso,
 qué fiera , qué monstruo hircano
 te dió su sangre? Qué furia
 pudo sugerirte , tanto,
 y tan detestable crimen?

No te averguenzas , villano,

de ver qué la tierra misma

no puede en sus senos anchos

abrigarles? No te acaba

tu mismo rubor , malvado?

Te estremece? Tiemblas? Ah!

No sé cómo presenciarlo

pude , sin que mi furor

te hiciera entonces pedazos.

Pero vivo yo , que tanta

como fué , para escucharlo

mi tolerancia , ha de ser

mi justicia.

Fab. Yo me hallo
 sobrecógido.

Leop. Vincart,

quita ese monstruo inhumano

de mi vista. Exemplo sea

en un público cadahalso

mañana , de la justicia

de Leopoldo.

Fab. Qué he escuchado?

El Emperador:-- Oh Dios!

cubierto estoy ya de espanto!

Dentro voces. Hemos de entrar.

Dent. Eduard. Aguardad.

Leop. Que es esto?

Salé Eduard. Que ahora llegaron

á la Quinta varias gentes

consternadas , preguntando

por dos Oficiales. Dixe,

que aquí estaban , y empeñados

quieren entrar.

Leop. Vincart,

ve , y diles que aguarden.

Vinc. Parto, *Vase con el Baron.*

Leop. Vos , Eleonora , esperad

de mi benéfica mano

venturas , que recompensen

vuestros inmensos trabajos.

Eleon. Yo os las estimo; mas todas sin mi esposo:—

Leop. No, esperaos:

Fabricio, leed ese pliego. *Dásele.*

Fab. Temblando estoy.

Lee. Para descargo de mi conciencia, confieso en estos últimos instantes de mi vida, que por vengar los desdenes de Eleonora, Duquesa de Tonninge, hice creer al Conde Erbrik, su esposo, que era adúltera con el Capitan Virsof, de que me desdigo, y ruego á entrambos perdonen mi horroroso crimen.— *Jorge Kerker.*

Eleon. Qué he escuchado!

Leop. Conoces la letra?

Fab. Oh Dios!

Sí, Señor.

Leop. Pues ya es en vano el encubrirte. Eleonora, hasta aliviar tus quebrantos no he parado. Yo devuelvo el dulce esposo á tus brazos en este día.

Eleon. y Eduard. Qué escucho!

Leop. Fabricio es el temerario Conde de Erbrick. Ya sus zelos con esta carta acabaron felizmente.

Fab. Sí, Señor:

y vuelvo de aquel letargo, en que me puso un traïdor, confieso mi error, postrado á sus pies.

Eleon. Feliz instante!

Eduard. Yo estoy confusa.

Fab. Y pues tanto

á vuestra piedad debimos, colmad el gozo extremado de nuestras almas, uniendo con Eduarda al gallardo Ulrico, pues sé que se aman tiernamente.

Leop. Sí, y los cargos, rentas, y honores que obtuvo el Baron, le doy.

Los 4. Postrados

á vuestras invictas plantas, nuestra gratitud mostramos.

Leop. Levantad; yo haré mercedes al Conde Erbrik de mi mano mañana. Vamos ahora todos juntos á Palacio, pues tan poco dista. Vesmer, tambien estoy informado de tu virtud, y tendrá en mi zelo el justo pago, como el Baron el castigo. Pero á todos os encargo, que os acordéis, que el poder no debe á ninguno, daros alas para cometer tiranías, y atentados.

Todos. No lo olvidaremos.

Leop. Pues

tuvieron fin los trabajos de la Holandesa, y el premio el amor constante, logren

Todos. Del auditorio un aplauso.

F I N.

En la Librería de Cerro, calle de Cedaceros, y en su Puesto, calle de Alcalá; se hallará ésta con la Coleccion de las nuevas, á dos reales sueltas; en tomos enquadernados en pasta á veinte reales cada uno; en pergamino á diez y seis, y á la rústica á quince, y por docenas con la mayor equidad.

DONDE ESTA SE HALLARÁN LAS PIEZAS

siguientes.

- | | |
|---|--|
| <p>Las Víctimas del Amor.
 Federico II. Tres partes.
 Las tres partes de Carlos XII.
 La Jacoba.
 El Pueblo feliz.
 La hidalguía de una Inglesa.
 La Cecilia, primera y segunda parte.
 El Triunfo de Tomiris.
 Gustavo Adolfo, Rey de Suecia.
 La Industriosa Madrileña.
 El Calderero de San German.
 Carlos V. sobre Dura.
 De dos enemigos hace el amor dos amigos.
 El premio de la Humanidad.
 El Hombre convencido á la razon.
 Hernan Cortés en Tabasco.
 La toma de Milan.
 La Justina.
 Acaso, astucia y valor.
 Aragon restaurado.
 La Camila.
 La virtud premiada.
 El Severo Dictador.
 La fiel Pastorcita y Tirano del Castillo.
 Troya abrasada.
 El Toledano Moises.
 El Amor perseguido.
 El natural Vizcayno.
 Caprichos de amor y zelos.
 El mas Heróico Español.
 Luis XIV, el Grande.
 Jerusalem conquistada.
 Defensa de Barcelona.
 Orestes en Sciro : Tragedia.
 La desgraciada hermosa : Tragedia.</p> | <p>El Alba y el Sol.
 De un acaso nacen muchos.
 El Abuelo y la Nieta.
 El Tirano de Lombardia.
 Cómo ha de ser la amistad.
 Munuza : Tragedia
 El Buen Hijo.
 Siempre triunfa la inocencia.
 Alexandro en Scútaro.
 Christobal Colon.
 La Judit Castellana.
 La razon todo lo vence.
 El Buen Labrador.
 El Fenix de los criados.
 El Inocente usurpador.
 Doña María Pacheco : Tragedia.
 Buen amante y buen amigo.
 Acmet el Magnánimo.
 El Zeloso Don Lesmes.
 La Esclava del Negro Ponto.
 Olimpia y Nicandro.
 El Embustero engañado.
 El Naufragio feliz.
 La Buena Criada.
 Doña Berenguela.
 Para averiguar verdades, el tiempo el mejor testigo.
 Hino y Temisto.
 La Consrancia Española.
 María Teresa de Austria en Landaw.
 Soliman Segundo.
 La Escocesa en Lambrun.
 Perico el de los Palotes.
 Medea Cruel.
 El Tirano de Orniuz.
 El Casado avergonzado.
 Tener zelos de si mismo.</p> |
|---|--|

